

RAZON Y CORAZON: UNA FECUNDA SINTESIS

S. CASTRO

Facultad de Teología. UPCO (Madrid)

M. VIDAL, *Moral y Espiritualidad. De la separación a la convergencia*, Madrid, Editorial El Perpetuo Socorro, 1997, 107 pp., 21 x 14 cm., ISBN 84-284-0511-5.

Poco antes de su muerte Von Balthasar hacía unas declaraciones sorprendentes. Afirmaba que la escisión entre Espiritualidad y Teología después de Santo Tomás había supuesto una pérdida mayor que la división de las Iglesias de Oriente y Occidente. Y desde entonces podemos decir que la «Espiritualidad» o, mejor, la Teología espiritual sigue encontrando profundas resistencias por parte de no pocos teólogos para otorgarle un estatuto de identidad dentro de la teología. Pasados ya aquellos años en lo que la moral prácticamente era casuística y la espiritualidad se reducía a un pietismo poco vigoroso, se vio la necesidad de que ambas ciencias se entroncaran en el centro neurálgico de la fe y la dogmática. Hoy ya nadie pone en duda que de esa fuente tiene que venirle a las diversas ramas de la Teología los elementos fundamentales de su identidad. Solamente así pueden ser clasificadas como ciencias teológicas. Cuando digo teología dogmática, quiero decir teología en sentido pleno, es decir, aquella reflexión sobre el misterio de Dios que se manifiesta en la Escritura y Tradición y que se expresa en la experiencia religioso-literaria de la Iglesia, como continuación del misterio de Cristo, en el que la revelación encuentra su expresión definitiva.

Una de las grandes preocupaciones de esos dos prohombres de nuestros días, Rahner y Von Balthasar, se refería a que tanto el conocimiento como la praxis del Misterio se enraizaran en la fe y se derivaran de ella, o para entendernos mejor, brotaran de la experiencia teologal, porque la fe en la Iglesia antes que fórmula o concepto es vivencia. Y en este sentido, tanto la moral como la espiritualidad no pueden

ser otra cosa que la articulación de la fe en la dimensión de la ciencia o de la vida, según los casos, sobre campos concretos del existir humano.

Sobre esta raíz sitúa M. Vidal su profunda reflexión sobre la convergencia de estas dos disciplinas teológicas. Y lo lleva a cabo en un trabajo de número de páginas limitado, pero en el que se apoya cada una de sus afirmaciones con bibliografía precisa y actual. El desarrollo de esta amplísima bibliografía, manejada con la maestría que caracteriza a nuestro autor, de haberlo pretendido, le hubiera dado la posibilidad de explayar su pensamiento en un estudio voluminoso. Pero su propósito ha sido sólo el de fijar y esclarecer con concisión la problemática que aqueja a esas dos disciplinas en sus mutuas relaciones. Como decíamos, ambas surgen de un mismo manantial: la vida teologal: «En el apartado precedente he señalado —nos advierte— la sustancial identidad entre espiritualidad y moral. Las dos dimensiones nacen de la *Vida teologal*, se nutren de ella y convergen hacia ella. La vida teologal viene a representar la unidad de la experiencia en la vida cristiana» (p. 19).

La obra contiene tres partes: la primera estudia la relación entre vida moral y vida espiritual; la segunda analiza estas realidades como disciplinas teológicas, y, finalmente, dedica la tercera a exponer moral y espiritualidad en la propuesta de Alfonso María de Liguori.

Aunque en sus dimensiones extremas la moral y la espiritualidad parecen dos realidades totalmente diferentes, a partir de la nueva visión de la moral las coincidencias de fondo con la vida espiritual son claras. Se refieren a una misma vida, que surge de la Trinidad, se expresa en Cristo, y utilizan el mismo camino para conseguirla: las virtudes teologales. Pero ciertamente son dos realidades que no se confunden al gozar cada una de ellas de la propia autonomía. El autor está de acuerdo con la opinión de T. Goffi en este sentido, cuando afirma que constituyen dos acordes dentro de la unidad armónica. Y aquí es donde Vidal trata de fijar las diferencias de estos acordes, que yo llamaría más bien tonos o sensibilidades. Dentro del campo, que el autor considera peculiaridades, señala como propias de la espiritualidad la verticalidad, la trascendencia y la interioridad; mientras que pertenecerían a la moral la horizontalidad y la exterioridad.

En cuanto a factores autónomos, aunque cree que existen algunos en la espiritualidad, no se detiene en ellos y señala como propio de la moral el diálogo con la ética racional, con la que necesariamente tiene que contar. En este caso la moral ha de utilizar la racionalidad humana para articular la vida de fe. Por su parte, la espiritualidad trenzaría su discurso desde la misma fe, con pocas connotaciones con la racionalidad, situándose prácticamente fuera de ese ámbito. Como se ve, estamos ante diferentes «acordes». Los mismos contenidos, desde perspectivas distintas.

Después se pasa a exponer en unas páginas muy ricas (24-54) los mutuos influjos que deberían producirse entre ambas disciplinas a partir de la visión que de ellas tiene el autor. Aquí, en este largo apartado, Marciano aprovecha para perfilar su pensamiento sobre cada una de ellas, al mismo tiempo que nos presenta las posibilidades de numerosas influencias. La mística —léase experiencia religiosa profunda— en última instancia ensancha los fundamentos, los medios y las metas de la moral, mientras que ésta autentifica y pone historia y realidad a la configuración de aquella. Tiene razón Vidal: sin ética la mística se pierde en un magma impreciso y la ética sin mística siente la tentación de quedarse en la comprensión de la existencia desde una teología muy racionalizada, carente del mordiente de la experiencia de los máximos, que aparecen en la vida de los santos o de los cristianos maduros. A la ética, la mística le infunde heroicidad y la libera para siempre de esa comprensión que de ella se ha tenido en el pasado: ciencia de lo lícito y de lo ilícito.

Esta visión suprime en gran medida las distancias entre moral y espiritualidad. Es evidente que hace unos años esto no era posible. Tanto la moral, que se refería principalmente a lo lícito o a lo ilícito, como la espiritualidad, que no se vertebra sobre los grandes temas de la existencia cristiana, quedaban muy distanciadas de la vida teológica de fondo. El enriquecimiento teológico de ambas las ha aproximado tanto que los centros neurálgicos son los mismos, aunque mantengan la autonomía de la perspectiva.

Antes de proseguir quisiera hacer algunas matizaciones a esta primera parte. Pienso que, si bien es cierto que ambas disciplinas tratan de la vida de fe, la espiritualidad se fija más en la vida misma, mientras que la moral pretende, aunque no exclusivamente, detenerse en los actos o medios más apropiados para la consecución de esa vida. También debería recalarse que a la espiritualidad le corresponde, en mayor medida que a la moral, la experiencia. Bien es verdad que el autor ha señalado la interioridad como algo peculiar de la espiritualidad. Yo creo que la palabra experiencia expresa mejor este aspecto, ya que desde ella puede alcanzarse incluso el mundo, cosa que no podría fácilmente presumirse si se entiende la espiritualidad como interioridad.

Dice Vidal que la racionalidad es propia del discurso moral, que debe atender a las exigencias de la naturaleza previas a la fe, aunque después tengan que ser integradas. En este punto sitúa el autor el principio central de la autonomía de la moral. Sin querer entrar a discutir en qué medida esto pudiera matizarse —teniendo en cuenta que también corresponde a la espiritualidad una cierta racionalidad previa—, le incumbe a esta última, sin duda, atender al discurso psicológico. Espiritualidad y psicología se correlacionan, ya que el sujeto paciente del misterio es el ser humano, previo también a cualquier consideración teológica. Si lo ético tiene que ver con la racionalidad, lo espiritual ha de referirse a lo psicológico. En estos dos aspectos puede hallarse también un campo de diferenciación. De esta forma la teología, a través de sus diversas ramas, va alcanzando las ciencias humanas; mediante la moral se acerca a la ética racional y por la espiritualidad llega hasta la psicología. Por último, algunos contenidos son propios de cada una de las disciplinas, pero esto ya lo deja entrever claramente nuestro autor. Sintetizando, a la moral le corresponde el análisis o percepción externa de la vida, y a la espiritualidad, la interna, sin que estos dos vocablos se asuman en sentido neoplatónico: lo exterior —lo mundano o terrestre— y lo interior —lo espiritual, lo invisible, lo ajeno a las realidades palpables—.

Las páginas en las que se habla del influjo entre ambas disciplinas, como ya he dicho, me parecen excelentes. Tengo la sensación o, mejor, la sospecha de que a Vidal, moralista prestigioso, de fama internacional, se le escapa el corazón hacia la espiritualidad, mientras que la razón se le revela y le intenta inclinar a la ética. Esto no quiere decir ni más ni menos que la casi conglutinación entre ambas es un hecho, y desde estas reflexiones concebir una sin la otra se toma tarea imposible. Pero está claro que estas aproximaciones no deben poner en peligro su identidad y autonomía.

El título de la segunda parte: *Teología moral y Teología espiritual: dos disciplinas teológicas autónomas y complementarias*, expresa claramente la conclusión final. Aquí la problemática es más compleja, dado que si bien la unanimidad de criterios se muestra sin fisuras en la concepción unitaria de la teología, a la hora de especificar las diversas ramas de ese tronco, se manifiesta la problemática; y la uniformidad ya no es posible. El autor hace un análisis de las vicisitudes por las que ambas disciplinas han ido pasando desde constituirse en «ciencias» autónomas hasta recuperar su contenido teológico precisamente ya bien avanzado este siglo. En estos apartados, Vidal traza la historia de ambas disciplinas al mismo tiempo que expone el parecer de algunos expertos sobre la esencia de la teología como ciencia y las posi-

bles ramas de la misma. La conclusión a la que se llega es que no hay unanimidad todavía en todos los aspectos acerca del contenido de la teología espiritual y de los modos de su relación con la moral. El es favorable a una estrecha e íntima colaboración.

Estando sustancialmente de acuerdo con Vidal y sin necesidad de repetir mi valoración elogiosa de este estudio excelente, que, sin duda, está llamado a ejercer un gran influjo en el planteamiento de ambas disciplinas, quiero ofrecer al autor mi pequeño punto de vista sobre la teología espiritual, que creo es fácilmente integrable en el suyo y pienso que puede además afectar también no poco a la moral.

A mi parecer, la teología espiritual como ciencia y como vida debe vincularse a la realidad del Espíritu Santo. Es vida en el Espíritu y ciencia del Espíritu; por tanto, tiene que estructurarse en el tratado de pneumatología. La espiritualidad por principio aborda como elementos exclusivos de su propia competencia las madureces últimas que la vida de fe produce en el hombre. Este estadio final, así como la consumación de la historia, viene atribuido normalmente al Espíritu Santo. Por otra parte, la pneumatología contempla el tema del Espíritu desde una perspectiva «intelectual», sin descender mucho a la praxis del Espíritu. Con esto no quiero decir que la teología espiritual sea la parte práctica de la pneumatología, sino que la relación que propone Vidal entre teología espiritual y moral, esa misma quiero yo establecer entre espiritualidad y pneumatología. Pero si quisiéramos extremar las cosas, juzgo que si la pneumatología se desarrollara plenamente, encontraría aquí su verdadero lugar la teología espiritual. Creo yo que entonces, y sólo entonces, hallaría su verdadera identidad. Y así sería de verdad teología espiritual. Vida en el Espíritu y teología del Espíritu.

Entroncada de este modo, la teología espiritual, por una parte, alcanzaría desde el Espíritu el misterio trinitario, la cristología y la historia de la salvación desde sus albores hasta su realización neotestamentaria y eclesial y, por otra, la experiencia individual en la que el Espíritu ha llevado a término su obra modelando en cada cristiano la *imago Christi*, punto recapitulador de todo. Desde el ámbito del Espíritu, la espiritualidad perdería toda tentación de neoplatonismo y de mundanismos, tentación esta última muy reciente con la que parece algunos quieren lavar el pecado de la anterior, la neoplatónica, casi original de la teología espiritual.

Desde esta comprensión me parece que se enriquecerían la pneumatología y la espiritualidad, y sería más vigoroso y «científico» el diálogo con la moral, que indudablemente tiene mucho que ver en sus aspectos centrales con el Espíritu, como puede apreciarse en el tema de las virtudes y los carismas o estados de vida cristiana sobre los que ha de proyectar su luz para establecer los diversos campos y dimensiones de lo ético.

De este modo, la espiritualidad se enclavaría en el corazón mismo de la vida teológica y de la Dogmática, y a la vez desaparecería la ambigüedad que la aqueja y que me temo, de no ser así, la acompañará siempre. De igual modo, se cumpliría el sueño de muchos que protestan de que a esta sección de la Teología se le atribuya el calificativo de espiritual como si el resto no lo fuera. Desde el Espíritu, a cuya luz ha de ser contemplada la Biblia, la historia y la experiencia, los diversos tratados recuperarían su carácter de conocimiento vital de Dios, esencia de la Teología en su primer despertar.

La ambigüedad es un hecho que se ha vuelto a percibir recientemente en los numerosos manuales que en estos años de renacimiento de lo espiritual están apareciendo. Salvo alguna excepción, se observa una grandísima carencia de unidad interna. Más parecen temas de espiritualidad o relacionados con ella que una comprensión elaborada como propósito teológico armónico.

En la tercera parte de este estudio se presenta la espiritualidad y la moral según la propuesta de San Alfonso M.^o de Liguori. Se trata de una oferta «de vida cristiana destinada al pueblo». El Santo va a cultivar en sus numerosos escritos diversos géneros literarios que pueden encuadrarse en otros tantos aspectos del pensamiento cristiano, pero en todos ellos prevalece un propósito común: el conducir al pueblo a la santidad por el amor. Esa unidad superior que se percibe en sus escritos se deriva muchas veces no del escrito en sí, sino de la visión que les proporciona el conjunto de los mismos. De modo que desde esta percepción no es posible clasificar a muchos de ellos como pertenecientes a un determinado modelo: moral, espiritual, devocional, etc., como pudiera pensarse en un primer acercamiento. Toda la obra alfonsiana no pretende otra cosa que hacerle presente al hombre el inmenso amor que Dios le tiene y desde ahí provocar la respuesta existencial de éste. Todos sus libros se sitúan en esta perspectiva y se orientan a este propósito.

El autor nos presenta una síntesis muy sabrosa del pensamiento espiritual de Alfonso, cuyo centro radical se halla en el amor, que encuentra su cumbre en la obra que puede ser considerada la coronación de todas: *La práctica del amor a Jesucristo*. Vidal percibe en la propuesta de San Alfonso la expresión concreta de ese diálogo interno entre moral y espiritualidad que él ha venido propiciando a lo largo de su discurso.